

Colosenses 1:15-20

“Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes que todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten. Él es también la cabeza del cuerpo que es la iglesia, y es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia, porque al Padre agradó que en él habitara toda la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.”

(Colosenses 1:15–20)

Entre mejor que conozcamos a Cristo, mejor sabremos qué hacer con él y como servirlo. Pablo ha deseado que crezcamos en conocimiento y sabiduría, y seguramente en gran parte esto significa conocer a Cristo más a fondo, para así ser preparados para toda buena obra. Veamos, entonces, mientras nuestro texto nos presenta un Cristo supremo en el mundo y en la iglesia.

Cristo es supremo sobre toda la creación. Nuestro texto habla de Cristo en los términos más exaltados. Es supremo en primer lugar como la imagen de Dios. El hombre fue creado a la imagen de Dios, o sea, tenía cierta semejanza moral a Dios. Cuando fue creado, el hombre fue santo y puro, como Dios. Cristo es mucho más. Es, en su persona, la misma imagen de Dios. Comparte la misma imagen divina con el Padre, y así es la plena revelación final de Dios al hombre. El hombre perdió 'a imagen de Dios cuando cayó en el pecado. Ya no es un ser puro y santo como Dios, y su entendimiento está oscurecida de modo que ya ni puede entender las cosas de Dios. “La mente carnal es enemistad contra Dios” Rom. 8:7. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” I Cor. 2:14. Pero Cristo es la imagen del Dios invisible. San Juan nos explica esto en su primer capítulo. “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” Juan 1:18. Es en esta forma que “en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” Heb. 1:2.

¿Qué significa esto para nosotros? Significa que no hay otra manera de conocer a Dios aparte del mensaje del evangelio cristiano. Es una mentira condenable, destructora de almas, cuando algunos alegan que haya muchos caminos que llevan a Dios y que las diferentes religiones del mundo son solamente caminos diferentes que llevan al mismo destino. Es cierto que todas las religiones excepto la fe en Jesucristo llevan al mismo findestino pero ese destino no es Dios. Más bien es el lugar de fuego reservado para Satanás, el archienemigo de Dios, y sus ángeles. Ya no es popular decirlo, si algún día lo haya sido, pero la Biblia no deja dudas de que a menos que la gente oiga de y ponga su confianza en Jesucristo como su Salvador del pecado, se pierde eternamente. Cuando Felipe pidió a Jesús que le mostrara al Padre, Jesús le contestó que verle a él es ver al Padre. Es solamente cuando los hombres ven el amor incomprensible, y sin embargo un amor que busca y se sacrifica, de Jesús, que los hombres pueden conocer a Dios como el que no solamente exige perfecta obediencia y justicia, sino también ha provisto esa perfecta obediencia y justicia en la Persona de su Hijo, Jesucristo. Es solamente en Cristo que los hombres pueden ver qué es lo que Dios piensa de ellos, porque solamente en el castigo de este hombre inocente que tomó el lugar de los hombres en su pecado y culpa vemos la ira feroz de Dios contra nuestro pecado, al mismo tiempo que solamente en el sacrificio voluntario de Cristo que ganó la redención, el perdón de los pecados, (v. 14) vemos el amor enorme de Dios que de tal manera amó al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. (Juan 3:16).

Es una tragedia que el mundo es ahora alejado de Cristo, porque él es el primogénito de toda creación. ¿Qué es lo que significa, exactamente, que Dios es el primogénito de toda creación? No, como algunas sectas ahora quisieran, que Jesús sea menos que Dios, la criatura preeminente, y sin embargo solamente una criatura. Pablo no dice que Jesús es el primer creado, sino el primogénito. Es decir, que él es supremo como el unigénito del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios, como confesamos en el Credo Niceno. Más bien que decir que Cristo sea una criatura y por tanto en algo menor que Dios, Pablo en este texto enfatiza que Jesús mismo es el Creador, y como tal está por encima de toda la creación. "Porque en él fueron creadas todas las cosas". Otra vez Juan da luz sobre este pasaje en su primer capítulo. El Verbo que era con Dios y al

mismo tiempo era Dios también se describe así: “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de los que ha sido hecho, fue hecho” Juan 1:3. Y Hebreos habla del Hijo como él “por quien asimismo hizo el universo”. Ninguna criatura, en el cielo o en la tierra, visible o invisible, tiene su existencia independientemente. Cristo hizo todo. Así nada escapa su autoridad. Ni los ángeles ni los demonios están fuera de su autoridad suprema. Es él quien finalmente aplastará hasta a Satanás bajo nuestros pies. (Rom. 16:20). Para la iglesia, esto significa que su salvación está segura. Para sus enemigos, significa que su causa, finalmente, está condenada al fracaso.

Cristo no es solamente el origen de todas las cosas. También es él quien preserva todo. “El es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”. Hebreos habla de Jesús como quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. Heb. 1:3. Pero el universo no es preservado solamente porque sí. Esta preservación tiene como meta que entren en la iglesia y así a la salvación todos los elegidos de todas las naciones y todos los tiempos. Vendrá un día de destrucción al universo como lo conocemos ahora. El hecho de que el mundo todavía existe se debe solamente al hecho de que “el Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” 2 Pedro 3:9. ¿No nos dice esto algo? Si Cristo ha preservado al universo entero, y también nuestras vidas, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento, ¿no debe tener una alta prioridad también para nosotros compartir el evangelio que es el poder de Dios para la salvación con nuestros vecinos, familiares, y conocidos?

Cristo es también la meta de toda la creación. Todas las cosas fueron hechas no solamente por Jesús, sino también para él. San Agustín, reflexionado en su propia experiencia, una vez dijo: "Fuimos creados para Dios. Nuestra alma está inquieta hasta que descansa en Dios". El propósito de toda la creación es glorificar al Creador. ¡Qué tragedia que la mayor parte de la creación ha seguido a Satanás, el gran enemigo de Dios, y ahora viven conforme a sus propios deseos y lascivias, impenitentes y llenos de incredulidad, así frustrando la voluntad misericordiosa de Dios quien quisiera que todos los hombres fueran salvos y llegaran al arrepentimiento!

Cristo reina sobre toda la creación. Toda potestad le es dada en el cielo y en la tierra. Hasta sus enemigos serán puestos como estrado bajo sus pies. Aun el emperador de Roma, César Augusto, tuvo que dar un decreto para que todo el mundo fuese a su ciudad para ser empadronado, para que la profecía se cumpliera y el Cristo naciera en Belén, aunque no sabía nada del verdadero Dios y las profecías de Cristo. Y Faraón, contra su voluntad, tuvo que dejar ir a los Hijos de Israel. Pero esta supeditación involuntaria y forzada no ayudó en nada a César o Faraón. También la iglesia está sujeta a Cristo, pero en una manera muy diferente. También en la iglesia Cristo es supremo. "Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia". Cristo ha entrado en una relación íntima con su iglesia, de modo que la iglesia puede ser denominada el cuerpo de Cristo. De Cristo la iglesia tiene su vida y vigor. Sin esta relación viva con Cristo, la iglesia no existe. Así como un cuerpo físico sin la cabeza ya no es un cuerpo vivo, sino un cadáver, así el cuerpo de Cristo, la iglesia, tiene su vida de Cristo, su Cabeza. La iglesia, luego, consiste en todos los que tienen una relación viva con la Cabeza, Jesucristo.

Nadie es por naturaleza un miembro de este cuerpo. Hablando precisamente a cristianos, Pablo tiene que decir: "Estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás" Ef. 2:1-3.

¿Qué es lo que cambió esta situación? No fue nada que nosotros hayamos hecho. ¿Cómo pudimos nosotros, que estábamos muertos en delitos y pecados, hacer nada? Más bien, se debió sólo a la acción misericordiosa de Dios y de su Cristo que nosotros hayamos sido rescatados, hechos vivos, y miembros del cuerpo que tiene a Cristo por Cabeza. Cristo mismo cambió todo. Él hizo la paz mediante la sangre de su cruz. Cargándose con nuestros pecados, llevándolos a la cruz, ofreciéndose como el sacrificio pleno y suficiente por el pecado, Cristo hizo expiación por nuestros pecados, removió la causa de la ira de Dios, y así hizo la paz con Dios para nosotros. Y al quitar nuestro pecado y conquistar nuestra culpa, también ha vencido

para nosotros la muerte y la maldición. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” Gal. 3:13. Ya que la maldición de la ley se puede resumir con “el alma que pecare, esa morirá”, es la muerte misma que en cuanto es pena y maldición a causa del pecado que es eliminada. Cristo ya ha demostrado esto, venciendo él mismo la muerte. El que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia, obtuvo la victoria para nosotros. Cristo el hombre murió. Pero murió como uno en quien agradó al Padre que en él habitase toda plenitud. Fue un hombre que es también Dios quien murió en la cruz, quien derramó su sangre. No fue un hombre, entonces, quien fue sujeto a la muerte por culpa propia, sino por amor a los hombres que se habían apartado de Dios por su pecado. Así la muerte y resurrección de Cristo tenían el propósito de reconciliar al hombre pecador con Dios, creando la paz donde había ira y hostilidad, y de esta manera traer la vida y la salvación a una humanidad perdida en el pecado. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” 2 Cor. 5:19. El propósito de todo esto fue “por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos”. Dios quiere reconciliar a todos consigo por medio de Cristo. Es cierto que Cristo pagó el precio completo por los pecados del mundo cuando murió en la cruz. Pero es igualmente cierto que esto no ayudará en nada a la persona que no oye de esto o no lo cree. Y allí es donde entramos nosotros. Cristo nos ha dado a nosotros el ministerio de la reconciliación. Nos ha encargado con comunicar el evangelio, el poder de Dios para salvación, pero al mismo tiempo el único poder de Dios para salvar, a todos los que estén a nuestro alcance. A la iglesia, a su mismo cuerpo amado, a los que deben estar unidos con su Señor y Salvador en voluntad y propósito, que deben estar llenos de gozo y gratitud por su salvación, el Señor dice: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles para que guarden todas las cosas que os he mandado”.

Esta es nuestra misión en el mundo, con nuestras vidas y testimonio glorificar a aquel que es supremo sobre todo, y quiere ser también el Salvador de todos. Amén.